

Trabajo Final de Grado:

Ensayo académico



**Ensayo de una
memoria
polifónica**

Autora: Tamara González Fourcade

C.I.: 5.006.406-0

Octubre/2023

Tutora: Profa. Ag. Dra. Gabriela Etcheverry

Revisora: Profa. Adj. Mag. Carmen de los Santos



Coda a las musicalidades polifónicas de una

Memoria

minoritaria.

10^{ta} Marcha por
SAU y D megal
Dstruicóm Alzaga
y Vida digna

ASI ESTAMOS.

ndice

Índice

-Coordenadas de navegación	4
-La memoria como ensayo Un ensayo como memoria-	5
-Trampas de captura y musicalidades polifónicas insurgentes	11
-Collage fragmentario: habitando tierras del exilio	17
-La memoria como producción de conocimiento en el campo psi	25
-Coda a las musicalidades polifónicas de una Memoria minoritaria	31
-Referencias	33

COORDENADAS DE NAVEGACIÓN:

El guión que se va trazando no es conocido a priori,
se va esculpiendo con el fino cincel de la inmanencia.

-Carmen de los Santos, *Singularidades: Las de las imágenes comunes, alumbran el mundo.*

Este ensayo emerge como avistamiento de una nueva tierra para pensar los abordajes de tratamiento desde el campo psi en relación a la Memoria, que al captar las imágenes con las cuales se puebla, traza su suelo y lo despliega.

Construye el problema a tratar a la vez que se extravía en sus líneas de exploración, surca en sus estratos, se empapa y confunde en ellos, solo para poder esbozar desde la incomodidad o *inconformidad*¹ sus líneas de fuga.

Un impulso vital que pulsa un nuevo ritmo (inmanente); otro modo de pensar u otro modo de existir.

Este es el ensayo de una memoria, y la memoria de un ensayo.



¹ "Inconformidad, apertura no como expectación inmóvil, sino como arrojito que anda. Andar no de cualquier forma, sino entre los huecos de las formas conocidas." (Percia, 2011, pp. 9-10).

-La memoria como ensayo

Un ensayo como memoria-

Una mirada desde la alcantarilla
puede ser una visión del mundo,
la rebelión consiste en mirar una rosa
hasta pulverizarse los ojos.
-Alejandra Pizarnik, *Árbol de Diana*.

Un ojo impávido se estaciona flotante en la superficie de las cosas que llamamos realidad, no se contenta con la forma explícita de aquello que percibe y es así que aguza la mirada, entre temblores de un pensamiento escurridizo se pregunta por tercera o milésima vez, quizás tan solo la primera ¿cuáles son los riesgos de pensar en la memoria? ¿Cuáles son los de una vida que se ensaya titubeante, los de una memoria que se ensaya a sí misma? Se pregunta sin pretender respuesta, porque halla en ese ejercicio los destellos febriles de un tiempo en estado puro que nos sitúa directamente en el presente, en los albores de la palabra en estado de gestación, en vacilaciones cercanas al proceso de formulación de una pregunta, en el balbuceo que aguerrido se dispone igualmente al ensayo de un problema.

Me lanzo a la escritura como una andanza errante de deseo migratorio, soliloquio delirante de las relaciones que me entran al presente, pues este devuelve sus variables y en ellas me pierdo para poder extraer de este mar revuelto alguna coordenada, que me permita abrirme al trazo de un plano seguro para la experimentación.

El plano es como un desierto que los conceptos pueblan sin compartimentarlo. (...) El plano no tiene más regiones que las tribus que lo pueblan y que se desplazan en él. El plano es lo que garantiza el contacto de los conceptos, con unas conexiones siempre crecientes, y son los conceptos los que garantizan el asentamiento de población del plano sobre una curvatura siempre renovada, siempre variable. (Deleuze y Guattari, 1993, p. 40-41).

Siento una insistencia incómoda recalentándose entre los pequeños pliegues de mis dedos, para arrojarme a la escritura-pensamiento necesito hacer de este Trabajo Final de Grado un territorio respirable. Pero aquí sostengo una demora necesaria por la que nuestra época a veces nos secuestra, y es que ya arriban al encuentro los miedos, las frustraciones, una cierta

inseguridad con tintes de insuficiencia ante supuestos estándares de escritura académica demasiado rigurosos.

Insurgencias aclaman pasaje, advierten sus riesgos; el encorsetamiento, la asfixia, o una sensibilidad pretendida “desensibilizada”. Reclaman la enunciación porque reniegan el ocultamiento y la reclusión a máscaras de sabia competencia.

Pero ¿cuáles han de ser los riesgos de una escritura arriesgada? y ¿por qué la exigencia en poder formular una pregunta que supere los estándares impuestos²? Quizás otra fortuna se aloje en la apuesta por cartografiar las variables que se desprenden de un proceso creativo, abriéndose paso a la configuración de preguntas más simples, aquellas que recuperan huellas intensivas, ¡sensibilidades! de una vida que en su cotidianeidad no pierde la sorpresa ante los afectos de los que es capaz.

Es por esto que me hallo en la querencia de compartir los balbuceos de un pensamiento inquieto, lúdico, artesanal. Me sirvo de un lenguaje que por momentos se presenta cercano, y en tantos otros, en una abrumadora lejanía. Las palabras cristalizan un sentido pero al creer comprender lo que se quiere decir emergen de ellas dobleces extrañas, diferencias incapturables. El lenguaje que es por momentos una celda y en otros una balsa, me sacude en remolinetes de gran intensidad, me arrastra junto a sus signos en el momento exacto en el que se retuercen en una especie de contrasentido, me eleva sobre ellos en la experimentación de una topología que me permita una visión novedosa desde el extrañamiento, es decir me lleva a viajar por un pensamiento que desborda los contornos del lenguaje mismo. Y parto así entusiasta y temerosa hacia algún lugar otro, con la ferviente intención de no tener que llegar a ninguna parte más que la que en deriva simplemente deviene, algo que aún ni sospecho.

“La tierra busca vivirse y ensaya con nosotros.” (Meretta, 2009, p. 13). Esta es una invitación a pasear por la memoria del mundo que nos aloja, que habitamos, que producimos y nos produce.

² Esta pregunta toma sentido cuando entra en relación con una crítica a los academicismos, no a la academia como tal sino a cierto modo de relacionarnos con el conocimiento y las imágenes que producimos y reproducimos sobre los quienes que pueden, en todo caso, pensar o formular una pregunta, me refiero en este sentido a una toma de poder por parte de los intelectuales y eruditos.

Pero ¿qué implica pasear por la memoria? Requiere tan solo la advertencia de que andaremos, por fortuna en compañía, entre un paisaje a componer de imágenes brumosas que en movimiento se derraman. Y nos permite de este modo mapear la composición de fuerzas intensivas que a través de sinuosos signos, pícaros guiños, amorosos gestos, bloques de deseo y estratos cristalizados suponen la oportunidad de captar en ellos los componentes relacionales, políticos y afectivos del territorio que este ensayo se propone pensar/crear.

Para ello considero pertinente compartir con anterioridad algunas de las resonancias que sobrevuelan este ejercicio de escribir pensando, y pensar escribiendo. Me ha costado un arduo trabajo enfrentarme a la escritura, y no por el famoso bloqueo de escritor ante una página en blanco; por un lado he de recalcar que esta hoja jamás estuvo vacía, estaba por demás poblada ya de encuentros, atestada de imágenes de este u otro presente, y por otro lado por el notable motivo de que quien escribe no es un escritor, en todo caso y a regañadientes una escritora.

“Calladita te ves más bonita”, “en boca cerrada no entran moscas”; estas son tan solo algunas de todas aquellas sentencias de muerte correspondientes a máquinas represivas que me asaltan por descuido cuando intento entregarme al ejercicio de la escritura. Quizás te preguntes por qué he decidido enunciar esta íntima aclaración en un Trabajo Final de Grado, al menos se que yo sí me lo cuestioné. Cuando zarpé en este viaje quería poder deshacer mi rostro en la escritura, salirme de mí, incluso devenir minoritario o imperceptible a efectos de lo que me es posible pensar en torno a una memoria que ritma en polifonías, poco sabía que para lograr aunque sea tan solo un vestigio de eso, debía antes rumiar este estrato llamado identidad. Vagabundear sus lindes, extraviarme en sus laberintos, explorar el campo estriado para poder trazar un claro que permita el sondeo del pliegue desde el cual creamos un territorio político, trabajo manual en la preparación de una tierra fértil que avecina la experiencia del pensamiento despojada del pronombre yo.

Y es que ¿cómo devenir minoritario o devenir-mujer en la escritura si por momentos “mujer” es todo lo que soy? “...pero la firma, el nombre propio no es la marca constituída de un sujeto, es la marca constituyente de un dominio, de una morada” (Deleuze y Guattari, 2004, p. 411). Hay fuerzas de una lengua mayor que aplastan mi cuerpo en los pasillos, en las aulas, en mi casa, en la calle, ¡entre estas líneas! en la memoria... Y aún así mi cuerpo de mujer

intenta también ser algo más que mujer, algo más de lo que la lengua mayor sentenció a priori que mi cuerpo podía.

Me pregunto por las invitaciones de la academia de cara a la producción de conocimiento, y si es posible que el conocimiento en tanto saber/poder pueda suspender su carácter representativo, interpretativo y objetivo de la realidad, y en cambio encarnar sus preguntas y problemas compositivos, en el entendido de que hay un saber singular, y no universal, que solo el cuerpo de experiencia sabe. Hallar en este encuentro la inmensa potencia de las cercanías con el mundo de relaciones que entramamos y habitamos.

Pienso que no olvidarme desde donde escribo cuando escribo es una apuesta política y ética, tener presente y hacer pensable aquello que me implica, aquello por lo que soy hablada cuando hablo, en un intento por responsabilizarme en lo que digo, pero más aún por lo que omito. Habitar ese espacio inconcluso en una suerte de incomodidad como acto político.

La memoria que me enlaza se presenta como una mancha fragmentaria o salpicaduras de un collage polifónico; desde ella escribo, confecciono y enuncio. Pero también he de preguntarme ¿cuáles son las condiciones necesarias para decir lo que se piensa? ¿Cuáles para pensar lo que se dice? ¿de qué se necesita para darle pasaje a la espontaneidad, a lo escabroso o inesperado? Quizás tan solo arrojarse a la incertidumbre de lo imprevisto, y que las fuerzas intempestivas de este tiempo nos sacudan la modorra, nos desvíen de nuestros ensueños letargos de repetición amoldados a una medida patrón de experiencia de vida.

Es por tanto que el proceso creativo de escritura en tanto ensayo emerge como un *devenir-mujer* (Deleuze y Guattari, 2004), una resistencia ante el punto de referencia o potencia mayoritaria de dominación de la lengua. En cambio se presenta como una apertura a lo nuevo practicando un ejercicio de autonomía atrevida, que suscita la puesta en variación continua de las constantes de aquello que parece ya dado de una vez y para siempre; realidades predeterminadas, expuestas como voluntad de verdad.

Me pregunto si algo de todo este despliegue no tendrá que ver con dislocar la imagen de mujer escritora y las concepciones que se le atribuyen, por ejemplo “romantizar la vida” (en un intento por vulgarizar, ridiculizar o despolitizar nuestro modo de hacer, estar, ver, escribir el mundo).

En cambio un devenir-mujer ¿se propondría poetizar la vida como modo de resistencia y afirmación? o ¿Será que es la vida en su cualidad creativa la que produce materias de expresión poéticas a través de las imágenes que se liberan en nuestro cuerpo de experiencia? Atenderíamos entonces al llamamiento de una cierta atmósfera lumínica, una variación en la temperatura, un paisaje sonoro que aumenta o disminuye sus ritmos en sonidos que abruptos aparecen o se esfuman, lo poético en todo caso es la relación compositiva que el acontecimiento configura. ¡Ah! Poder oír esa melodía, captar los diferenciales de una memoria viva, eso es para mí poesía.

A los efectos de este trabajo hacemos un seguimiento de la pista que nos ofrece De Brasi (2010), “la escritura es la verdadera biografía de un pensamiento; bio que es vivida en su grafía que siempre materializa, por más alto que sea su nivel conceptual, una posible historia de vida” (p. 22), pero esta posible historia no remite sólo a la vida de un individuo específico o excepcional con nombre propio, sino que recupera incluso a través de ese reconocimiento identitario las huellas evanescentes de una trama que comprende memorias anónimas que se tejen como relatos entre escombros, entre espejos rotos, umbrales de umbrales, pasadizos inestables entre estados donde se oye la tensión continua de las voces transeúntes, voces de lo-común, heterogéneas, múltiples, singulares, melodías humanas y no-humanas, murmullos de un tiempo porvenir.

¿Dónde habitan estos registros de la memoria? en lo visceral, en la calle, en el cuerpo, en un libro, en los sueños, en un recuerdo que delira sublevándose ante la razón, en un gesto, ¡en los afectos! La memoria es también aquello que nadie recuerda, lo que nadie vió, lo que sucede cuando todos están dormidos, la telaraña que se teje en la noche infinita, tinieblas de un tiempo rebelde, metamorfósico y creativo.

Un ensayo sobre la memoria de una memoria que se ensaya se atreve a realzar su carácter polifónico, palimpsestico³ y siempre deviniente. Se recuperan de aquí y allá fugaces notas escritas en experiencias luminosas, y otros tantos centelleos de horas tormentosas acunados en pórticos hacia lo impensable o inefable. Algo del orden de la imaginación, de los sueños y

³ El palimpsesto es un manuscrito en el que se ha borrado su escritura para darle pasaje a una nueva huella escrita. Aquí pongo a jugar la noción de palimpsesto como adjetivo de la Memoria, el olvido y el ensayo. Para advertir su condición inventiva en la que se suspende provisoriamente el carácter cronológico, configurando una composición que anuncia la simultaneidad de bloques temporales desde la virtualidad y actualidad acontecimental.

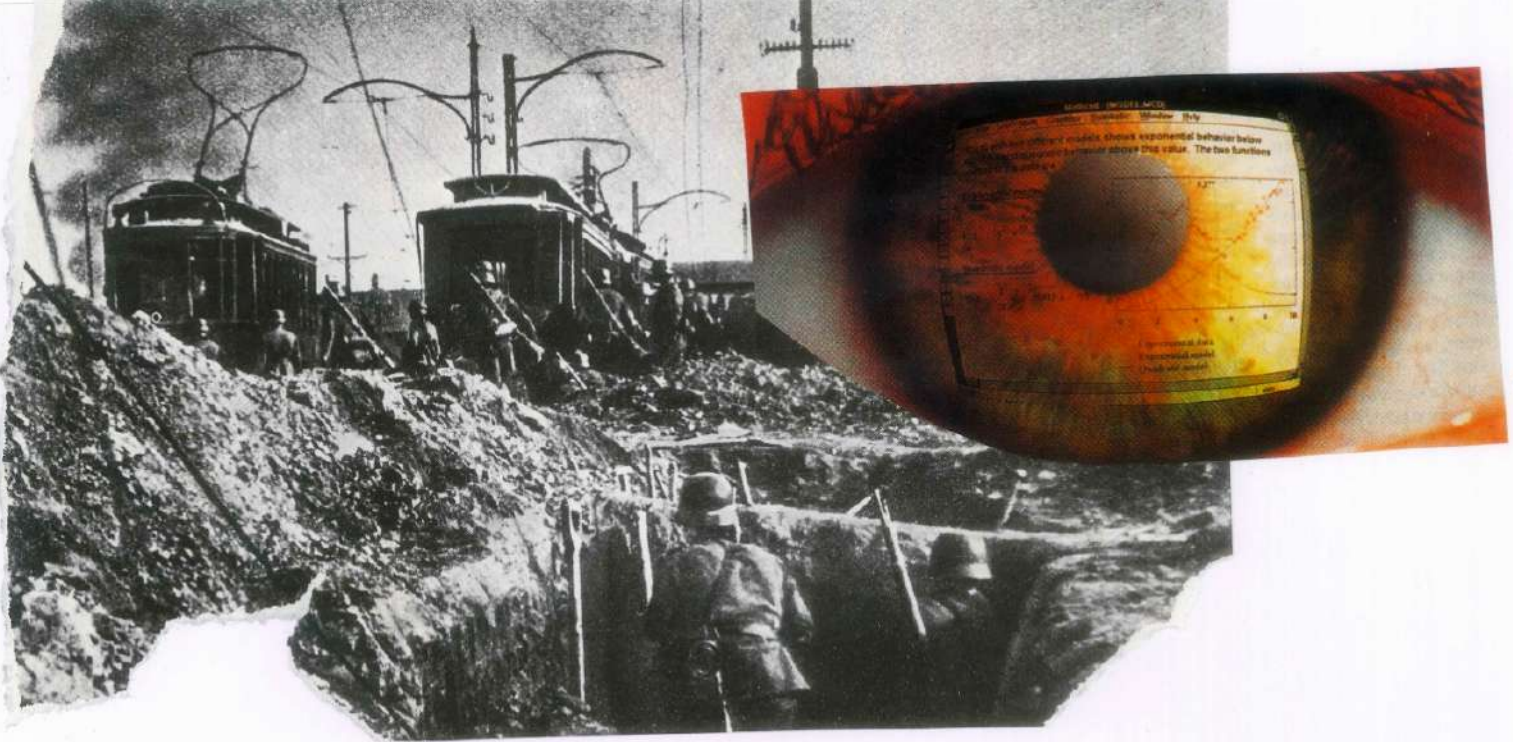
el olvido habita en este despliegue como prácticas libertarias de un pensamiento emancipador, que crea un nuevo campo de posibilidades desafiando el orden establecido y por demás conocido.

Morar lo inconcluso de esa marejada para poder pasar a otro momento en el cual nos sea posible pensar los dominios que determinan el territorio de experiencia, pero hacerlo a sabiendas de que las luminosidades también conllevan puntos ciegos que es necesario reconocer, y de este modo no dar por sentado que los puertos de llegada son el destino final de nuestro viaje, sino tan solo infinitos puntos de partida.

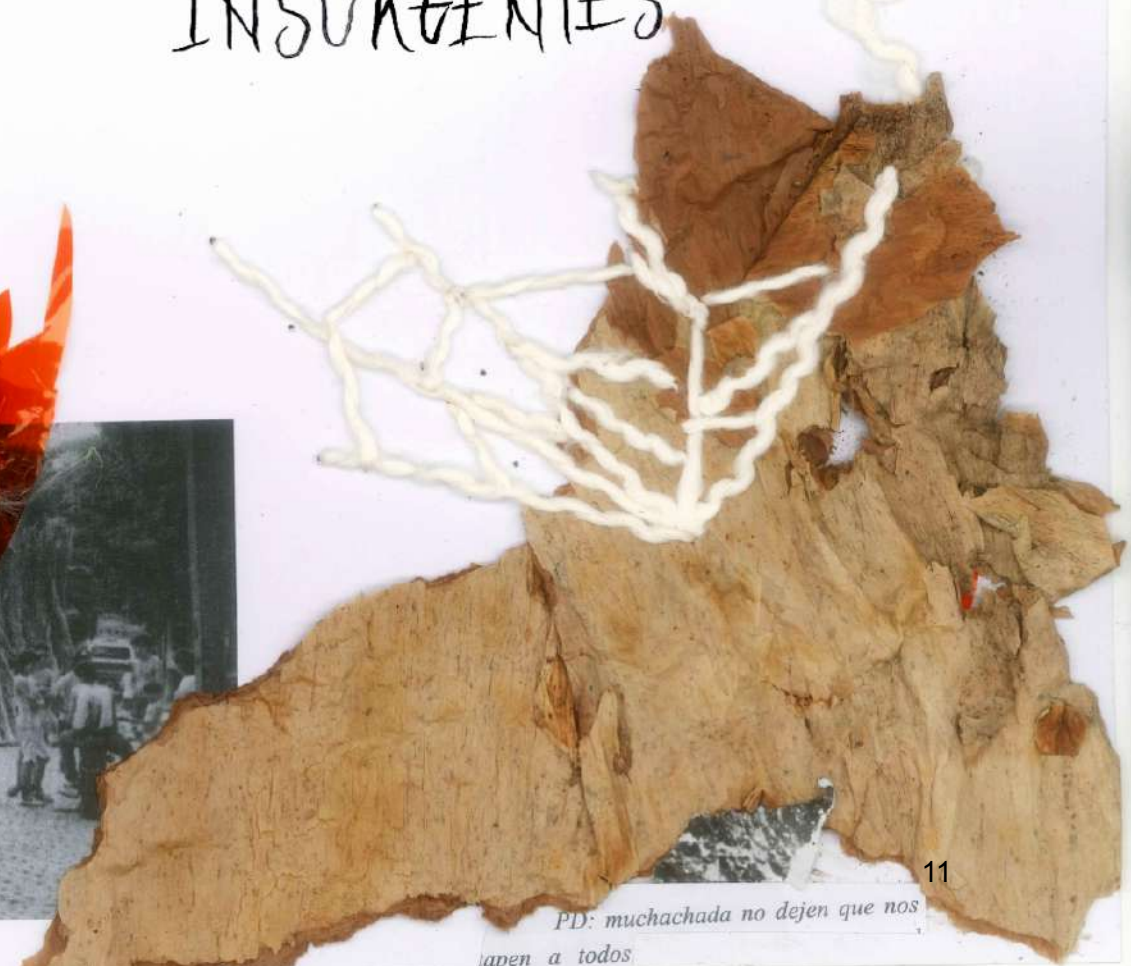
Así la escritura, así la memoria.

No se pretende con este ensayo el desarrollo de un discurso retóricamente elaborado, escribo para asegurarme de que existo, pero se que al hacerlo hay tanta vida que se me escapa... es incluso pertinente y necesario que se desconfie del sentido que se cree encontrar en las palabras, puesto que la intención que mueve al cuerpo de este trabajo es una voluntad de poder que desconoce su potencia de afección y reniega en las relaciones que la entraman la fijeza de sus sentidos, o la tendencia de los mismos a un estado de irrefutabilidad como verdad absoluta.

Si se afirma que la memoria es un cuerpo vivo, esta materia de expresión exige trazos desterritorializados y desterritorializantes, para que el pulso de esta posible narrativa sea capaz de problematizar los bloques estratificados que lo componen. Es así que se propone esbozar un plano de pensamiento onto-filosófico inmanente siguiendo y afirmando las pistas inadvertibles del devenir, en el intento por poder trazar y pensar las líneas problemáticas que nos convocan a este encuentro. “El plano de inmanencia no es un concepto pensado ni pensable, sino la imagen del pensamiento, la imagen que se da a sí mismo de lo que significa pensar, hacer uso del pensamiento, orientarse en el pensamiento...” (Deleuze y Guattari, 1993, p. 41).



Trampas de captura
Y MUSICALIDADES
POLIFÓNICAS
INSURGENTES



PD: muchachada no dejen que nos
apen a todos

-Porque yo soy tan solo una voz episódica, un habla sin contorno.
Y, claro está, afirmo más de lo que sé, pero lo que quiero decir no carece de indicios.
Esto corre por las calles y esa corriente anónima es fuerte. Hay que oírla.
-Maurice Blanchot, *El diálogo inconcluso*.

¿Quién escribe cuando escribo? ¿De quiénes son las palabras que atraviesan mi voz al hablar?
¿Cómo es ese quien que lee esta pregunta? Estamos acostumbrados a reconocernos en una
supuesta presencia de sí mismo al encuentro con las palabras y las cosas, como si escribir o
leer remitiera en todo sentido a una entidad ya constituida como sujeto. Recortada además de
su entorno se dispone a dar cuenta del mundo con el que solo interactúa; representaciones de
una realidad incuestionable. En definitiva, la vida arrojada al cautiverio del cuerpo propio y la
consciencia.

Pero me pregunto si no sería más interesante dedicarse a la labor de atender, a través de la
escucha, a las conexiones que se liberan en dicho encuentro. Es entonces que la escucha se
vuelve una emisión de singularidades en sí misma, captando aquello que resuena como eco o
apenas como esbozo de un sonido remoto de algo que parece pasajero, incapturable, ajeno o
anónimo. Puedo entender que el agenciamiento de estas palabras resulte confuso, y así ha de
ser también esta exploración pero hay algo que se mueve con ímpetu al trazado de un sendero
de enunciación. He aquí el pasaje de esa insistencia.... Advertía en la entrada anterior rumiar
un estrato llamado identidad, pero ¿por qué hablar de identidad en relación a la memoria?
Muy bien, comencemos a cinchar los hilos de esta madeja.

Habitamos y super poblamos este jardín de identidades donde crece la maleza, sin tener
resguardo alguno de los efectos que produce el saberse sujeto a características personalíticas
que tienden al estancamiento. Es el reflejo de un rostro en un charco de poca profundidad,
proyección de la fabricación serializada de un modelo de individuo registrado y registrable
por el Estado, que como aparato de captura intenta controlar y conducir la vida a través de
tecnologías burocráticas que procesan la información organizándola. Produciendo así una
inteligibilidad individualista, cuyas fuerzas compositivas pugnan el desborde de su orilla.

Siguiendo las pistas de Foucault (1988) las relaciones de poder que allí se suscitan no se
reducen siquiera a la forma Estado, sino que trazan las coordenadas de experiencia desde un
campo abierto y multiforme, que se instala y prolifera su expansión a través de prácticas

estadistas que encarnamos bajo una ilusión de autogobierno de sí, como si del contagio de prisiones móviles que se pretenden libres se tratase.

La economización del poder busca estructurar el campo de acción de los cuerpos mediante la domesticación de las fuerzas que lo componen, sirviéndose así de los sistemas dominantes de identificación modelizantes. Como todo modelo sugiere entonces puntos de referencia a los que la expresión de todo cuerpo deberá adaptarse, incluso si ello supone el intento de borrado de sus singularidades. Siguiendo esta línea podemos tomar la pista idónea que nos acerca Percia (2004) al decir:

No se trata de encontrar algo perdido, de llenar un vacío, o completar la pieza que falta. ¿De qué se trata? De imaginar una hendidura. De buscar la falla de la prisión perfecta. El encierro identitario. La posibilidad de huir del temor a desvanecernos en la nada. (p. 20) .

Y así disponernos a la experimentación y creación de otros modos que nos permitan ensayarnos, ensayar la vida.

Lo intrigante y seductor en todo caso no es denunciar la existencia o inexistencia de un modelo identitario, sino pensar en este como un dispositivo colectivo de enunciación, ¿qué es lo que enuncia? pues los procesos maquínicos de deseo. Sobre esto Deleuze y Guattari (1978) dirán que “no hay dispositivo maquínico que no sea dispositivo social de deseo, no hay dispositivo social de deseo que no sea dispositivo colectivo de enunciación” (p. 119).

Desplegando esta imagen nos colocamos directamente en los procesos de producción de subjetivación, en los que se vuelve posible atender a las condiciones que dan paso a los procesos de individuación como fenómenos epocales y situados. En este sentido las identidades vuelven perceptibles, hacen visibles y enunciables las formaciones de un territorio determinado.

Retengamos esta línea pero volvamos a la coordenada principal que esta entrada (o como me gusta pensarlo, estrofa) se propone abordar, es decir la identidad en relación a la memoria. Cabría en esta latitud del plano preguntarnos sobre la relación que entrama la producción de subjetividad y el capitalismo, puesto que la contemporaneidad nos envuelve como una

mortaja que difícilmente nos permite el ejercicio de un pensamiento crítico en torno a aquellas relaciones de fuerzas por las que somos tomados cada día.

Resulta complejo disponerse a desenmarañar dicha trama, en tanto la esfera de lo económico moldea a su vez los afectos a través de máquinas tecnológicas de información y emisión de signos, que asaltan las sensibilidades transformándolas constantemente, produciendo así subjetividades cuyo valor se vuelve un capital, “cuando decimos que los flujos inmateriales afectan nuestra subjetividad, queremos decir que afectan nuestros modos de ver y sentir, de desear y gozar, de pensar y percibir, de habitar y vestir, en suma, de vivir.” (Pál Pelbart, 2016, p. 160).

Este dominio económico afecta otras esferas de la vida, entre ellas la percepción de la memoria en tanto experiencia de la realidad, generando la ilusión de una memoria personal pensada como *propiedad* de una interioridad que el cuerpo resguarda. Pero a efectos de este diagrama en el que se disponen y redistribuyen las relaciones de fuerzas ¿la memoria queda capturada en el orden de lo privado? ¿Cuáles son los riesgos de esta sujeción?

Cuando se dice ilusión en ningún sentido se pretende poner en duda una supuesta veracidad de existencia de la cosa, sino plantear la pregunta por las condiciones de posibilidad de unas ficciones/verdades por sobre otras, y los efectos que ellas producen.

¿Qué es entonces la verdad? Un ejército en movimiento de metáforas, metonimias, antropomorfismos, en suma, un cúmulo de relaciones humanas que han sido realizadas, trasladadas y adornadas, poética y retóricamente, y que, después de un uso prolongado, un pueblo considera firmes, canónicas y vinculantes. Las verdades son pues ilusiones de las que se ha olvidado que lo son, metáforas gastadas que han perdido su fuerza sensual, monedas que han perdido su troquelado y que ya no pueden ser consideradas como monedas, sino como mero metal. Aún no sabemos de dónde brota el impulso hacia la verdad, pues hasta ahora solo hemos escuchado acerca del compromiso que la sociedad establece para existir: el de ser veraz, esto es, utilizar metáforas usuales, o dicho en términos morales, el compromiso de mentir, una fuerte convención: mentir cual rebaño, y en un estilo vinculante para todos. (Nietzsche, 2018, p. 49-51).

El orden social actual celebra la memoria como una cualidad capacitista cuando ésta refiere a la repetición de tareas cuya funcionalidad aboca a la producción capitalista; recordar y reproducir, a esto se le llama memoria de trabajo. Pero la memoria se incomoda al verse arrojada en los engranajes de la gran máquina capitalista, desbordando la repetición con su tenor creativo, su impulso vital, crear lo diferente. Incluso allí donde la forzamos a la exactitud del calco.

En tanto creativa la memoria entiende más de fuerzas maquínicas que mecánicas, procesos de contagio más que de herencia. La memoria no es homogénea ni universalizante, es singular, situada. Y el “yo” es tan sólo un hábito, una costumbre que hay que desplegar, movimiento pertinente que puede hallar sus vías de realización en:

el placer que cada uno puede experimentar diciendo cosas simples en su propio nombre, hablando de afectos, intensidades, experiencias, experimentaciones. Es curioso lo de decir algo en nombre propio, porque no se habla en nombre propio cuando uno se considera como un yo, una persona o un sujeto. Al contrario, un individuo adquiere un auténtico nombre propio al término del más grave proceso de despersonalización, cuando se abre a las multiplicidades que lo atraviesan enteramente, a las intensidades que lo recorren. (Deleuze, 1996, p. 9).

El pensamiento exige una desterritorialización, que sólo le es posible a fuerza de una violencia que lo atropella como torbellino o lo sacude sutil y gradualmente hacia un estado febril por contagio, modulado por encuentros, relaciones, conexiones, experimentación de velocidades que nos sumergen en una atmósfera que ya comienza a atiborrarse de gérmenes polimorfos, anuncian el avistamiento de una *terra incognita*, de musicalidades ingobernables o inapropiables.

La polifonía de este paisaje hace por tanto visible y pensable la multiplicidad de las afecciones individuales y colectivas, retomando así la pregunta que interroga a ese *quien que somos*⁴ mientras efectúa en simultáneo un ejercicio de desprivatización de los afectos.

⁴ Interrogante abordada por Annabel Lee Teles (2018) en “Una filosofía del porvenir. Ontología del devenir, ética y política”, libro de su autoría, (pregunta que retoma de sus lecturas sobre la obra foucaultiana, y que éste desarrolla en sus estudios sobre Kant).

Propongo aquí tomar una hoja y un lápiz pues retomaremos las preguntas iniciales, esta vez escrita por el puño y letra de quien lee estas palabras. La única pauta de esta consigna es demorar, morar, conjurar la pregunta, pensarla, dejarse afectar por ella...

“¿Quién escribe cuando escribo?

¿De quienes son las palabras que atraviesan mi voz al hablar?

¿Cómo es ese quien que lee esta pregunta?”

¿Por qué hacer este ejercicio? porque hay preguntas que necesitan acuerparse, que requieren de otra velocidad, de un pulso singular. Porque las preguntas ahora escritas en esa hoja podrán contener las mismas palabras, más no las mismas fuerzas que conjuraron su efectuación. Nos robamos, nos prestamos, nos compartimos las palabras que reptan nuestras lenguas pasando de una boca a otra, porque estas relanzan la tensión de los lugares intermedios en la producción de *lo común*.

Sin interioridad, basculan entre celdas enfrentadas de lo propio y lo impropio, del yo y del nosotros, hasta que (tal vez) se disuelvan los barrotes.

¿Cómo soltar la creencia de un habla personal, individual, propia de cada cual?

La percepción de un habla plural y polifónica o la advertencia de diferentes voces en cada voz ayudan, en parte, a conmover esa ilusión.

Enunciación colectiva no como decir que pertenece a *todos*, sino como habla impersonal, anónima, que posibilita la ficción pasajera de un *nosotros*. (Percia, 2017, p. 90).



Collage fragmentario:

*habitando tierras
del exilio*

En el exilio de la memoria
o en la memoria de mi exilio
una tinta carmesí destiñe la fachada
de todo territorio edificable,
el tiempo ha corroído los muros de la casa
con luces como lazos disformes
y se siente fervientemente en la cuadra,
la extraña sensación de no pertenecer.
-Tamara González Fourcade.

Hoy visito esta escritura como quien acude al llamamiento de una melodía casi inaudible, lejana, venida de algún rincón húmedo de la casa, de algún galpón o trinchera. La entrada previa se dispuso a garabatear sus posibles en relación a un ejercicio de interrogación referente a la memoria como proceso de sujeción a una identidad, musiquilla quisquillosa que roza lo insoportable, pero que en el transcurrir de los días no puedo dejar de oír.

Tarareo las palabras de esa estrofa y lo acompaño con un golpeteo alborotado de mis pies contra el suelo transportándome auráticamente a un estado de marcha sobre 18 de Julio. El ritmo que se produce despierta incisivamente una imagen que ha decidido proyectarse en los azulejos de mi cocina mientras realizo las tareas cotidianas. Corro hacia el escritorio como descosiendo mis pasos, como perdiendo la imagen apenas esbozada que quiero telar. Como si recordar lo imaginado, lo experimentado, de repente me colocase detrás del espejo, detrás del olvido, en tierras del exilio.

¿Pero qué implica estar detrás? Estar detrás es tomar una cierta posición en relación al campo en el que una se sumerge, en el que una está implicada, esto no quiere decir que nos posicionamos en un supuesto afuera como exterioridad de lo que acontece, sino que se apela a una cierta distancia, a una cierta prudencia o una incierta sospecha ante aquello que se muestra como historia oficial. La imagen se presenta como un **collage fragmentario**, incompleto, en obras. Fuerza a la visión a explorar el plano en el que se configura aquello a lo que llamamos real ¿Qué nos es posible ver y pensar desde esta posición?

Posicionarse detrás nos ofrece la oportunidad de atender no solo a las imágenes evocadas, los hechos, los discursos de una época, de una vida, sino que nos coloca en un lugar que pareciese no tener espacio, un no-lugar que se crea en el momento exacto en el que se desea un acercamiento a la cosa, desde la distancia. Un intermedio del pensamiento y la memoria.

¿Qué otras posiciones (u orientaciones del pensamiento) nos es posible imaginar? ¿Qué posiciones necesitamos para acercarnos a la confección de un territorio respirable en nuestras memorias?

Ampliaré la noción de collage fragmentario porque siento que es una fuerza que transversaliza todo el ensayo, que pugna una insistencia para ampliar el campo de pensamiento en relación a la experiencia de la escritura, la memoria, el pensamiento mismo e incluso como modo de pensar la configuración de la identidad y de la historia.

¿Qué es lo que sabemos sobre los collages? Por lo pronto y muy vagamente podemos acordar que es un montaje de imágenes que componen otra imagen. Pues bien, sobre esto puedo compartir (desde mi gusto por lanzarme a la composición material de collages como labranza de un refugio temporal cuando las velocidades del mundo ahogan) que el collage se despliega como una posible narrativa, es decir, se practica una sensibilidad singular de la experiencia del mundo.

¿Por qué considerar el collage fragmentario como *imagen del pensamiento*⁵? Porque encuentro allí una relación muy íntima con el acto de la visión y esto indefectiblemente se ancla en nuestros modos de percibir y concebir el mundo, a nosotros mismos, a los otros, y a las relaciones que se establecen entre.

El sentido tambalea a la hora de montar imágenes. El montaje se presenta en una cierta disposición de las fuerzas heterogéneas de un posible sistema de relaciones entre elementos de un presente que varía constantemente, componiendo el plano de la experiencia. El orden que sugiere una nueva imagen se produce sólo bajo la desorganización o dislocamiento de lo que se presentaba como orden establecido o modelo categorizante, haciendo visible relaciones de tiempo. Se produce un ensamble por vecindad, más ésta no remite a una semejanza impuesta por un sentido instituido, sino en cualquier caso recupera la tensión que emerge al interrogarlo, cuando dos agentes cualesquiera entran en relación y se produce allí lo inusitado.

⁵ Deleuze (1996) dirá que refiere a una cierta orientación del pensamiento, que al trazar sus coordenadas permite la visibilización y enunciabilidad de las fuerzas por las cuales el pensamiento se ve afectado, produciendo así una cierta percepción y experiencia del mundo.

Somos testigos de la provisoriedad que este ensamblaje sugiere mediante una ruptura asignificante de la imagen desplegada, que pronto va a plegarse en la emergencia de un nuevo sentido nacido de la necesidad. Anticipa la irrepresentabilidad de la realidad, suponiendo un ejercicio imaginativo que relanza la potencia creativa en el acto de ver. ¿A qué refiere esta visión? pues en todo caso no queda reducida a una condición ocular-centrista, sino a una visión-manual o artesanal del mundo mediante la extranjería de la mirada, “el ojo; no como el soporte de un punto de vista, sino como instrumento de buceo molecular, o de surfteo o de sobrevuelo” (Pál Pelbart, 2016, p. 82).

Extranjerarse es una de las derivas de habitar ese detrás de escena, cuando acudimos a la vida en estado de gestación y experimentamos la operatoria de las fuerzas que producen “lo real”. Captar así lo *intempestivo del Tiempo* (Nietzsche, 2006), lo insoportable, eso es profanar la historia. Emancipar los sentidos para experimentar un bloque temporal común y extranjero. Puesto que el presente se presenta en desfasaje consigo mismo, actúa en devenir, recupera el acontecimiento como configuración multidimensional, “...el presente *no es*, sería más bien puro devenir, siempre fuera de sí. No es, sino que actúa. Su elemento propio no es el ser, sino lo activo o lo útil” (Deleuze, 2017, p. 51).

Por eso el adjetivo del collage en este caso se presenta como lo fragmentario y no lo fragmentado, porque reivindica su condición tentativa de seguirse produciendo sin lograr un acabado final, pues el interés en la reproducción de las causas finales trazan sus lindes en otros registros que no son los de un ensayo, o al menos no los de este. Pero si aparecen rasgos propios del registro de las causas finales, esperemos que sean solo para poder instalar allí una pregunta que nos mueva a producir una sensibilidad de otro orden. Una sensibilidad del orden del devenir.

Evoco la imagen de lo fragmentario porque ella me permite pensar que aquello que se presenta como forma definida de un estatuto pulido y cristalizado (recuerdo, objeto, identidad, cuerpo, memoria, historia...) es tan solo el recorte y petrificación de una composición más amplia que no cesa de transformarse puesto que se encuentra siempre en relación.

Planteado esto, me surge una interrogante de carácter político-afectivo que esbozaré como pista: ¿Cómo se monta la historia desde el exilio?

Trazo aquí un punto de conexión entre el detrás de escena como posición política para orientarse en el pensamiento y el estado de exilio, pues indica que en ambos casos estamos ante un movimiento desterritorializante, ya sea voluntario o forzoso, que propone una nueva cartografía territorial para aquel que habita ese desplazamiento. Aclaro por si hiciera falta que no me refiero aquí exclusiva y explícitamente al ostracismo geográfico espacial, aunque convengo que en dichos casos pudieran producirse allí también movimientos simbólicos singulares in-situ, en el orden del pensamiento y de los afectos. Quizás cabría preguntarse ¿cuáles son los sitios de la memoria?

Ahora bien, ¿qué supone el exilio en relación a la memoria? Implica quizás habitar las huellas de lo que acontece y deshabituárlas mientras evanescen, sosteniendo animosamente los gestos foráneos del olvido.

El pensamiento necesita de un estado de amnesia provisorio para poder desarrollarse; una demora, un olvido creador, un balbuceo en la memoria. Es en ese pasaje de un estado a otro sobrevolando una zona inestable, cuando terriblemente desamparados o en una soledad poblada nos volvemos testigos de la Memoria como testimonio del Tiempo. Empero, algunas veces el cuerpo se resiste a olvidar sus afectos, ellos permanecen, escondidos o expuestos, entre los pliegues y velos del día como misteriosos puntos de resistencia.

Recordamos, olvidamos, amamos, pensamos, vivimos porque existe un cuerpo que pliega y sostiene esas variaciones, pero no por ello diríamos que el cuerpo antecede a la experiencia de recordar, olvidar, amar, pensar. Esta no es una reivindicación de la interrogante “¿Qué fue antes, el huevo o la gallina?” o en este sentido ¿El cuerpo o la memoria? Aquí se arriesga lúdicamente a sostener la idea de que nos es posible la experiencia de la memoria gracias a la existencia de un cuerpo que aloja ese movimiento, a la vez también se afirma que la existencia de un cuerpo es posible en tanto una singularidad intensiva se pliega tomando consistencia, expresándose como una memoria viva del Tiempo, una memoria de un tiempo vivo o una Memoria-Tiempo.

Dada la formulación de esta premisa provisorio que lejos está de proclamarse como promesa, poco importa indagar sobre la supuesta génesis originaria de una expresión antepuesta a la otra, sino que acudimos a esta coordenada de pensamiento para desplegar la *relación*

indisoluble entre memoria y cuerpo (Lee Teles, 2018), para ser testigos y agentes activos de la potencia afectiva que dicho encuentro produce.

En la vertiginosidad de las velocidades aceleradas con la que experimentamos el Tiempo, a efectos también del avance tecnológico y las transformaciones que derrama en nuestra cotidianidad, toma lugar un problema que nos afecta de manera directa comprometiendo los modos en los que nuestras memorias afectivas son narradas.

Una narrativa permite a través de relatos la emisión de singularidades, a la vez que se expresan las multiplicidades del tejido social a través de lo-común como soporte heterogéneo y *heterotópico* (Foucault, 1967). De ellas extraemos las relaciones que nos entranan al Tiempo y a lo real, al territorio que trazamos, y a nuestro habitar del cuerpo y la memoria.

Memoria-cuerpo político ¿Qué rasgos, rastros, huellas se desprenden de esta experimentación pluridimensional? ¿Qué afectos aloja nuestro cuerpo? ¿Qué afectos aloja nuestra memoria? ¿Qué anida entre la indiscernibilidad de una y otro?

La memoria exige el olvido como fuerza activa para darle lugar a la diferencia en la repetición de nuestros hábitos, pero ¿cuáles son los olvidos que nos habitan y habitamos?

Sobre la memoria y el olvido, Percia (2020) dirá que:

El problema de las memorias no reside en que olvidan.

Memorias lucen como mínimos territorios iluminados en noches infinitas.

La vida que se frota, enciende recuerdos.

El problema adviene cuando las memorias reprimen, niegan, repudian.

Represiones ocultan, disfrazan, prohíben recuerdos.

Represiones ponen lo reprimido a reparo, lo censuran, lo disimulan.

(...)

Negaciones cancelan lo ocurrido: cortan la cinta de un film, tapian una puerta, decretan la no existencia de sogas en casa del ahorcado.

Repudios desmienten que lo recordado haya ocurrido, lo relativizan, lo consideran una exageración, fruto de la inoculación de una mentira. (p. 143-144).

Hay olvidos injustos (o que relanzan el debate sobre una supuesta justicia), creativos, de autoprotección y preservación (¿podría un cuerpo alojar las demasías de una memoria absoluta?), ignorantes, crueles y violentos (que se alimentan del secretismo y el miedo), segregantes, selectivos (desmemoriados). El olvido en su cualidad creativa produce la vida, pero a veces la vida que produce el olvido es un rumor de muerte.

¿Cómo suena el murmullo de la vida esterilizante, exterminadora? ¿Cómo suenan las musicalidades del exilio? ¿Logramos oír las voces que soterradas yacen en el olvido? ¿Quiénes son las grandes olvidadas de la historia? Para morar en estas preguntas procuremos no confundir la memoria con la historia aunque éstas por momentos se encuentren en calles encrucijadas. No podemos permitirnos la confusión; la historia petrifica el devenir, pero la memoria sobrevive deviniendo.

Cuando la historia olvida suena a silencio y ceguera. Cuando se invisibiliza un relato lo que se suprime es el cuerpo, ¡sus afectos! Me pregunto si allí podríamos practicar lo que llamaré provisoriamente como una *ética de la luminosidad* que consista en develar el velamiento, “develar la cosa en tanto que velada” (Deleuze, 2015, p. 48), ¿se produciría así un desdoblamiento afectivo que propicie una transformación en las condiciones sociales y políticas?

¿Existiría a sus efectos la posibilidad de restituir las memorias polifónicas soterradas en el olvido? no devolviendo la capacidad enunciativa a alguien como a veces los poderes oligarcas pretenden, sino recuperando las voces silenciadas para que ellas enuncien por sí mismas sus líneas de andadura singulares, huellas de sus traumas y tramas, expresiones del común vivir que emergen de un decir colectivo.

Dictaduras, hambrunas, genocidios, feminicidios, ecocidio, racismo, violencias institucionales invisibilizadas, moralidades de una época, violencias domésticas normalizadas (domésticas por lo que los hogares alojan y también por los efectos que desbordan esas paredes como procesos de domesticación sobre los cuerpos), entre tantos otros pliegues de guerra que han hecho de la vida cotidiana su muladar. Los traumas de la civilización se imprimen como marcas simbólicas en un cuerpo de mil pieles que temen a la captura de su voluntad, y despolitizar un problema nos obliga a vivirlo solas.

Decimos lo que es decible, empujamos el habla en dirección a su límite, que es justamente lo indecible, pero que solo se alcanza a través de lo que se dice. Por otro lado, siempre vemos lo que es visible, y empujamos este visible en dirección a su extremo, a fin de ver en él lo invisible, las intensidades, la memoria, el tiempo... (Pál Pelbart, 2016, p. 277).

A veces solo deseamos escapar de nuestra época, darle aire, pensar distinto. A veces lo único que logramos es concebir posicionarnos detrás del espejo, en tierras del exilio, para poder advertir la configuración de otro porvenir.

La Memoria pareciera funcionar como un plano donde coexisten diferentes capas de *duración* (Deleuze, 2017), como si el Tiempo habitara dobles escurridizos. Ante devenires inadvertibles habrá que advertir el devenir. Y recuperar en ello lo que pudo haber sido de otro modo, para que el devenir no se reduzca a la historia. "Actuar contra el pasado, y de este modo sobre el presente, a favor (lo espero) de un porvenir, pero el porvenir no es un futuro de la historia, ni siquiera utópico, es el infinito Ahora..." (Deleuze y Guattari, 1993, p. 113).

Entre las voces silenciadas de la historia y las voces silenciosas del olvido, la memoria diagnostica un devenir.

La memoria
como producción
de conocimiento
en el campo psi



Pensar el cuerpo en el ritmo de su pensamiento.

-Meschonnic, Spinoza Poema del pensamiento.

Sigo preguntando, preguntandome, por los sitios de la memoria. Una respuesta camufla su transitoriedad pero al hacerlo no colma los sentidos que produce la pregunta, de todos modos en este caso quizás sea pertinente arriesgar una respuesta con el deseo de que no clausure en su capacidad de afectar.

Un sitio que no se reduce a la espacialidad se acuna en los afectos de un cuerpo, dicho esto ¿es posible pensar a un Trabajo Final de Grado como un cuerpo sensible? ¿de qué afectos es capaz esta escritura como territorio político? Este cuerpo sensible se ensaya a sí mismo como modo de experimentar la vida, pero también se desarrolla como un modo posible de producir conocimiento que se sirve de lo cartográfico mapeando lo emergente, lo insistente, lo insurgente de un pensamiento venido de los encuentros.

Afirmo así, un ejercicio de pensamiento crítico de cara a la producción de conocimiento en el campo psi, que establece sus coordenadas claves para poder problematizar su relación indivisible con el surgimiento de un determinado orden social, en el entendido de que la producción de conocimiento produce subjetividades y resulta concerniente no velar dicha condición.

Dicho esto ¿Qué entendemos por conocimiento? ¿Cómo nos relacionamos con él? Los resquicios del imperio de las formas y las causas finales producen una cierta inteligibilidad del mundo, imagen dominante que opera entre silencios y fosforescencias, herencia occidental que instala la representación como imagen dogmática y hegemónica de la Verdad y la Razón. Pero ¿cuánto de la potencia creativa vital tiende a la obsolescencia en ese peligroso movimiento? ¿Cuáles son las prácticas que se labran para un mundo de producción capitalista y funcional?

Redoblo, según este régimen de luminosidad ¿Qué prácticas nos es posible problematizar bajo dichas condiciones de visibilidad? ¿Cómo captar lo no evidente de los discursos dogmáticos por los que somos hablados? ¿Por qué urge desplazarnos de una concepción individualista del sujeto y concebirse en cambio en nuestras tramas relacionales polifónicas para pensar en la producción de conocimiento sobre la memoria desde el campo psi? ¿Cómo

resistir a los supuestos epistemológicos de las prácticas psicológicas en el intento de darle paso a nuevos modos de concebir, pensar y habitar la psicología?

Mientras buceo en la dimensión epistemológica para pensar cómo construimos el conocimiento, apuesto entre estas líneas al favorecimiento de un modo de la psicología que se relaciona directamente con la filosofía, y por ende con el arte de crear.

Reparo en que para hacer pensable y practicable otra formación profesional con otros devenires de la psicología, es necesaria una reconfiguración ética, política y estética, no solo de nuestras prácticas sino del pensamiento mismo. Pero ¿puede ello ser forzado? puesto que es la necesidad en su cualidad afirmativa y azarosa la que fuerza a uno a pensar de otro modo, a vivir de otro modo, y no en sentido inverso.

Cabe preguntarse si los modelos de estudio actuales sobre la memoria responden a exigencias de la época. Es decir, ¿nos sirven para pensar los nuevos modos de producción de subjetividades? ¿Por qué la insistencia en aferrarnos a modelos estructurales para el estudio de la memoria? ¿A qué demandas responde esa tendencia y cuáles son sus efectos? ¿cuáles son los modos de habitar y crear territorios existenciales fructíferos para la experimentación de otras configuraciones perceptivas y sensoriales, los que están siendo clausuradas o veladas por esta costumbre de compartimentar, clasificar, definir, responder una verdad última y anticipable sobre tal o cual objeto de estudio?

Con esta pregunta ya instalada, aboco a suspender la imagen de reservorio de recuerdos impresos en un lugar localizable del cerebro como propone el modelo fisiológico para pensar en relación a la memoria. No niego ni farfullo en contra de las exhaustivas investigaciones científicas que emplean las neurociencias y otros modos de producir conocimiento y practicar la psicología, tan solo expreso que son otras las orientaciones de pensamiento las que fertilizan el ejercicio experimental de este trabajo. Porque trazo un puente de encuentro con Marcelo Percia (2020) cuando dice que “historias clínicas simulan reconstruir memorias, pero -las más de las veces- solo se ofrecen como pocas fijezas que convienen a los diagnósticos” (p. 142).

Y lo que me convoca a pensar en este sentido es la preocupación por el tratamiento de la memoria y el olvido cuando desbordan los límites establecidos por las ciencias, porque reparo

que este desplazamiento implicaría también otra manera de concebir el tiempo desprovisto de una comprensión lineal y cronológica, pero también he de hacer mis recaudos en las lógicas de encierro que operan para quienes perciben, sienten, expresan las demasías del mundo en sentidos amorfos, mutantes, desorganizados.

En cambio, y como ya se ha sugerido en el trazado de este ensayo, la pista para pensar otros modos de abordar las interrogantes que surgen al ensayar una memoria polifónica, es atender a la multiplicidad del flujo de fuerzas intensivas que componen el paisaje de nuestro mundo de relaciones, material e inmaterial, reterritorializándose y desterritorializándose en los acontecimientos del entramado social de manera inmanente.

Nos convoca a este encuentro la construcción de la memoria como producción de conocimiento porque se vuelve necesario atender a los problemas sociales contemporáneos, nos compete, nos complican e implican. Pero aguardemos no hacer de la psicología una disciplina totalizante que busca la conducción de los cuerpos, sino hacer de ella un campo a crear constantemente de forma innovadora, aunque esta experimentación implique desbordar las formas preestablecidas, deshilar en ocasiones el urdimbre, habitar las fronteras de la especificidad solo para tensionar sus límites sedimentados, desterritorializar sin colonizar los nuevos territorios producidos y los que faltan producir.

Entonces la imagen despliega las estrategias posibles de la despotenciación del sufrimiento o dolor psíquico-corporal-social: esa multiplicidad que impide ya pensar en forma binaria y que da cuenta de nuestra implicación. El acontecimiento, en la región, se enfrenta a la devastación que imponen las lógicas neoliberales en el tejido social común y la erosión del capitalismo cognitivo que pone en captura y apropiación ya no el trabajo material sino las mediaciones simbólicas, entre ellas el conocimiento y la capacidad de imaginar. (Carmen de los Santos, 2019, p. 39).

¿Qué potencialidades en el pensamiento se despliegan al sostener la posibilidad de hacer de la imaginación una fuente de producción de conocimiento? Ficcional un problema, ensayarlo hendiendo lo real, distorsionándolo, probar otro ensamblaje que nos permita la configuración de otros sentidos, de otras preguntas, ¡de otros porvenires para las memorias de este mundo!.

La ficción entendida aquí no como simulación de una realidad dada sino como un ejercicio productor de realidad y subjetividades. Lo real deviene alterándose, la memoria franquea sus posibles devolviendo imágenes ficcionadas de los hechos. Entonces lo real en tanto ficción visibiliza la cualidad inventiva y creativa de ser pasible, así como también deja entrever las pistas para preguntarnos por el aval de unas ficciones por sobre otras.

Se nos ha querido persuadir y convencer de una ficción que nos agota, censuras propias del abuso de poder servidas por aparatos de captura, hay ficciones que engendran una nueva vida y otras que en cambio la paralizan y devalúan. Pero este intento por producir nuevos sentidos provisorios, sin perder de vista el carácter polifónico y relacional con el que se configuran, es el modo que encuentro en este momento de preguntarme por los modos de resistencia que necesito para afirmar la vida, singular, colectiva, minoritaria.

Porque considero que desde la psicología no hay trincheras que defender, pero todavía hay campos que afirmar (saberes afectivos que clandestinamente chispean y estallan en los encuentros de aquellos que se atreven a experimentar un pensamiento venido de lo-grupal como modo de resistencia ante los procesos de sujeción individualizantes que nos acechan). ¡Se resiste en grupo, sino no hay resistencia posible! Y como dice De los Santos (2023) “entre tinieblas y opacidades, voy haciendo con otros, vamos. No desde el brillo del descubrimiento sino del aparecer de lo viviente” (p. 41).

Una experimentación en la producción de conocimiento en el campo psi abocada a los devenires minoritarios se aloja entre medios de aquellos dualismos sobre los cuales se sostienen las prácticas profesionales más tradicionales y hegemónicas. Complicarse en el medio sugiere la tensión y puesta en debate de las interioridades/exterioridades, objetividades supuestas que operan en nuestras relaciones con el Saber.

Preguntarse por la operatoria inmanente cuyo diagrama produce unas condiciones (y no otras) de surgimiento de modos de existencia, de pensamiento, de expresión, de memorias, narrativas, sensibilidades, en fin, de afecciones. Esta es una pregunta ética que se inscribe en el campo político, una pregunta por demás necesaria. Quiebra los grilletes de una inteligibilidad moralista, reconociendo en su seno el posible resurgimiento de valores trascendentales, pues nuestros regímenes afectivos están compuestos por una multidimensionalidad que se brinda a las conexiones que puedan emerger entre el plano de la

inmanencia y uno trascendente. -Entre- he aquí la clave de la lectura en el ejercicio de preguntar(se).

¿Posicionades aquí, qué es lo que urge crear? Nuevos modos de desamarrar la escucha estéril que doma la interpretación. Entre encuentros y desencuentros ¿cómo alojar las diferencias desde la incomodidad? Urge darle pasaje a sensibilidades dispuestas a sostener y acompañar el proceso de pensamiento y construcción de preguntas de otras sensibilidades, y hacerlo desde la suavidad y el cuidado porque ahí radica un ejercicio subversivo ante las violencias que a veces encarna la profesión psicológica cuando se pretende ayudar, curar, o salvar una vida, sin reparo de las fuerzas de poder/saber por las cuales se ven implicadas sus prácticas.

Pero para quienes hayan llegado hasta aquí en la lectura, resalto que no pretendo de forma alguna la imposición de estos modos, sino el ensayo de lo que en el presente convengo necesario. Ya hallarán ustedes (sensibilidades que me acompañan: compañeros, futuros colegas, amigos, familia) otros modos que aumenten su potencia de obrar, sin recetarios, sin decirle a nadie cómo vivir, puesto que cada uno crea sus modos singulares de resistencia ante la muerte, de afirmación de la vida. En todo caso nos invito o convido apetitosamente a sostener en cada encuentro la interrogante que sugiere plantearnos por nuestra labor posible; acompañar, alojar, ensayar la vida con. Puesto que:

No hay más criterios que los inmanentes, y una posibilidad de vida se valora en sí misma por los movimientos que traza y por las intensidades que crea sobre un plano de inmanencia, lo que ni traza ni crea es desechado. Un modo de existencia es bueno, malo, noble o vulgar, lleno o vacío, independientemente del Bien y del Mal, y de todo valor trascendente nunca hay más criterio que el tenor de la existencia, la intensificación de la vida. (Deleuze y Guattari, 1993, p. 76)

-Coda a las musicalidades polifónicas de una Memoria minoritaria

Una insistencia a pensar en las musicalidades de la Memoria hace eco entre las sonoridades de las palabras aquí escritas y pronunciadas, en un intento embravecido por acentuar las voces polifónicas de la Memoria como territorio político.

Por si hiciera falta la repitencia (o quizás una coda venida de este ensayo), vuelvo a sostener que esta escritura es la excusa por excelencia para formular y acercar a quien se encuentre con esta lectura, una invitación a pensar en la Memoria que habitan y por la cual son habitades. Una invitación a crear las conexiones singulares que arriban a su encuentro y que estas materias de expresión de los afectos que los entraman a la vida puedan producir al menos una pregunta, aunque la misma sea en dirección a refutar lo que aquí está dicho, lo que aquí falta, lo que aquí sobra... Todo movimiento es bienvenido.

Para quienes esperaban de este trabajo la conclusión en una definición explícita de Memoria he de ofrecerles una disculpa sentida, pero no el arrepentimiento de que así fuera, porque el impulso vital de este ejercicio de pensamiento justamente se ancló en forzar de manera experimental los límites que obturan el deseo de pensar en ella cuando se la concibe como un concepto inamovible, impenetrable, estéril. Sin embargo afirmo cada coordenada establecida porque las considero precisas en relación al plano trazado, y también porque es fruto del disfrute que produce pensar con otros, cuando pensar transforma profundamente un modo de estar en la memoria.

Si se acusara de abstracto este pensamiento confiaría en compartirles que no ha nacido sino más que de los encuentros, con las palabras y los silencios, con los amigos, nuestros amores, con la muerte, con las pieles y el cemento, con los ríos y las nubes, con la música, el canto, la danza y la poesía, con los sueños y las arañas, con las marchas y las resistencias, con la academia y los jardines, con el Psicodrama, con la Psicología (entiéndase tan solo un modo entre infinitos otros), en fin, con la vida.

Reconozco el marco institucional que aloja este despliegue pero si me propongo pensar en la Memoria como producción de conocimiento desde el campo psi no es para producir un

extractivismo académico de los afectos, sino para extender la invitación a que cada quien ensaye, afirme, explore y reinvente su experiencia minoritaria de la Memoria que nos produce y producimos, desafiando nuestras historias personales y universales, abriéndonos paso entre otras narrativas posibles mediante la invención de nuevos sentidos.

De este modo me retiro demorada (no por tardía sino por morar este pasaje, esta partida...), mientras dejo en cercanía algunas de las pistas que me fueron posible pensar sobre la Memoria, y tantas otras omitidas que retomaré quizás en otro presente, con la alegría de saber a este ensayo un proceso inacabado. Mientras quede tinta escribamos las memorias del mundo, mientras haya sensibilidades ¡encontrémonos!, mientras dure una vida ¡ensayemos!, mientras la Memoria nos habite, habitaremos el Tiempo.

-Referencias:

- Blanchot, M. (1993). *El diálogo inconcluso*. Monte Ávila.
- De Brasi, J. C. (2010). *Ensayo sobre el pensamiento sutil*. EPBCN.
- De los Santos, C. (2019). Singularidades: Las de las imágenes comunes, alumbran el mundo. *Revista Contextos* (7), 34-42.
https://www.psicologos.org.uy/revistas/Contextos_Setiembre_2019.pdf
- De los Santos, C. (2023). *Deseo de Psicodrama: Imágenes, Instalaciones, Paisajes en movimiento*. Psicolibros waslala.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1978). *Kafka por una literatura menor*. Era.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1993). *¿Qué es la filosofía?*. Anagrama.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2004). *Mil Mesetas: Capitalismo y esquizofrenia*. Pre-Textos.
- Deleuze, G. (1996). *Conversaciones*. Pre-Textos.
- Deleuze, G. (2015). *La subjetivación: Curso sobre Foucault III*. Cactus.
- Deleuze, G. (2017). *El Bergsonismo*. Cactus.
- Foucault, M. (1984). *Des espaces autres*: Conferencia dictada en el Cercle des études architecturales. (P. Blitstein y T. Lima, Trads.). *Architecture, Mouvement, Continuité*, (5). (Obra original publicada en 1967).
<https://www.buenastareas.com/ensayos/Foucault-Michel-De-Los-Espacios/52831520.html>
- Foucault, M. (1988). El sujeto y el poder. *Revista Mexicana de Sociología*, 50(3), 3-20.
<https://doi.org/10.2307/3540551>
- Lee Teles, A. (2018). *Una filosofía del porvenir*. Fundación La Hendija.
- Meretta, J. (2009). *Basta*. Ático.

- Nietzsche, F. (2006). *Segunda consideración intempestiva: Sobre la utilidad y los inconvenientes de la historia para la vida*. Libros del Zorzal.
- Nietzsche, F. (2018). *Contra la verdad: Ensayos tempranos*. Rara Avis.
- Percia, M. (2004). *Deliberar la Psicosis*. Lugar.
- Percia, M. (2011). *Inconformidad arte política psicoanálisis*. La Cebra.
- Percia, M. (2017). *Estancias en común*. La Cebra.
- Percia, M. (2020). *sensibilidades en tiempos de habla del capital*. La Cebra.
- Pál Pelbart, P. (2016). *Filosofía de la deserción. Nihilismo, locura y comunidad*. Tinta Limón.